

2. El Autor del Apocalipsis

El primer capítulo del Apocalipsis es una introducción a todo el libro. Los primeros tres versículos son un prefacio al capítulo, y el primer versículo es la clave, no solo para el Apocalipsis, sino para cada libro profético de la Biblia, mostrando cómo se da toda profecía. En este primer versículo se da el título del libro, el autor de la profecía, su objeto, la manera en que llegó y el agente de Dios para dar a conocer la historia de los eventos futuros.

Es «La Revelación de Jesucristo». No es la Revelación de Juan, como muchos parecen pensar; porque entonces dejaría de ser profecía, y como historia, no tendría una categoría superior a las obras de muchos otros escritores. Juan se llama a sí mismo nuestro «hermano y compañero en la tribulación». Es la Revelación de Jesucristo, — un despliegue de la vida del Dios-hombre. Jesús significa Salvador. «Le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.» Jesús fue el nombre dado por el ángel cuando habló con María, la madre de Jesús. Cristo significa ungido: Jesucristo es el Salvador ungido; los profetas de antaño habían predicho Su misión en la tierra, y lo llamaron Emanuel, «Dios con nosotros».

A Juan, entonces, se le reveló, o se le manifestó, el misterio de Emanuel, la unión de lo divino y lo humano, el Cristo. Todo el libro del Apocalipsis es una explicación de la vida divina que Dios puso en el molde humano, y dio al hombre por toda la eternidad. *«La divinidad necesitaba la humanidad; porque requería tanto lo divino como lo humano para traer la salvación al mundo. La divinidad necesitaba la humanidad, para que la humanidad pudiera proporcionar un canal de comunicación entre Dios y el hombre.»* La humanidad estaba perdida sin la divinidad. La salvación vino por la unión de los dos en Cristo. La unión formada en Él nunca se romperá, porque la iglesia a la que Sus enseñanzas dieron origen es un hijo de Dios, y la historia de la iglesia es la historia de Emanuel, — el misterio de la piedad. Adán fue hecho a imagen de Dios, y fue hijo de Dios; pero el pecado rompió el lazo, y los hijos de Adán nacieron en pecado. Pero Cristo, el

segundo Adán, fue el Hijo de Dios; y la iglesia, el unigénito de Cristo, participa de la naturaleza del Padre, y se presenta ante el mundo para perpetuar Su nombre, — Emanuel. Este apellido nunca se extinguirá. «Yo [Pablo] doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra.»

La historia continua de Emanuel, tal como se lee en la vida de la Iglesia Cristiana, es lo que le fue revelado a Juan por el ángel Gabriel, el asistente de Cristo, — aquel miembro de la hueste celestial cuyo deber ha sido durante mucho tiempo dar a conocer el misterio de Dios a Sus siervos. Dios desea que el hombre comprenda la naturaleza de Su ley y la manera de Su obrar.

Cerca del final del primer siglo, Gabriel recibió la orden de abrir al Profeta de Patmos los signos, o símbolos, mediante los cuales Juan podría entender la historia de la obra de Dios en la tierra. Dios se revela al hombre de diversas maneras. «*La naturaleza es el espejo de la divinidad;*» la Palabra de Dios es Su carácter en lenguaje humano; Cristo fue esa Palabra vivida en forma humana, y el cuerpo de Cristo — la iglesia — tiene, además de estos métodos, las providencias, o guías, del Espíritu. Así Juan «dio testimonio de la palabra de Dios», tal como está escrita y como fue vivida en Cristo; y también dio testimonio «del testimonio de Jesucristo», «que es el espíritu de profecía», y asimismo dio testimonio de las señales que Gabriel presentó a su visión, — «de todas las cosas que vio.»

Se pronuncia una bendición celestial sobre «el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía», y sobre aquellos que «guardan las cosas en ella escritas». Es necesario que las cosas escritas por Juan puedan ser entendidas, de lo contrario, ¿por qué la bendición que aquí se pronuncia? Dado que el libro es una revelación de Jesucristo a los siervos del Altísimo, todos los que son Sus siervos estudiarán y comprenderán la profecía. Toda doctrina necesaria para la salvación fue dada en la revelación de Cristo, y el libro se convierte en un compendio de toda la Biblia. La bendición pronunciada sobre los siervos a quienes es enviada, es una bendición eterna; «Porque tú, oh Jehová, bendices, y será bendecido para siempre.»

Juan, mientras estaba en la isla, lejos del trabajo con el que había estado tan larga e íntimamente asociado, lejos de amigos y compañeros, a menudo dejaba que su mente divagara hacia el escenario de sus anteriores labores. Mientras miraba hacia las costas de Asia Menor, se le presentó la imagen de las compañías de creyentes que defendían la verdad en medio de la oscuridad pagana. Amaba a esos seguidores de su Señor, y a través de él, Cristo envió un mensaje a cada una de «las siete iglesias que están en Asia.» El Espíritu usó cada una de esas iglesias para representar un período en la historia de la obra de Dios en la tierra, las siete cubriendo el tiempo desde la vida de Juan hasta los eventos finales en la historia del mundo.

Había un significado peculiar en la ubicación de estas siete iglesias. Asia Menor, o más particularmente la porción occidental de la península a la que se aplica el término Asia en Ap. 1:4, ocupó en la propagación del cristianismo una posición correspondiente a la que ocupó Palestina en la historia de la nación judía. Cuando Dios quiso hacer de la raza hebrea el gobierno principal de la tierra, Él eligió, para la sede de ese gobierno, una posición sin igual en cualquier otra parte del globo. Palestina era la carretera entre el Sur y el Este y entre el Este y el Oeste. Cuando el poder de Dios pasó de esta nación a la Iglesia Cristiana, Asia Menor se convirtió en el centro de actividad y la base de operación. En esas ciudades costeras, y en Éfeso por encima de todas las demás, judíos y gentiles se encontraban en igualdad de condiciones. Cada nacionalidad, —Partos, Medos, Elamitas y moradores de Mesopotamia, representando el lejano Norte y Este, se encontraban en el comercio, con ciudadanos de Roma, Egipto y Cirene, hombres del Sur y del Oeste. En estos concurridos mercados penetró la fe cristiana, y desde estos centros, el conocimiento de Cristo se extendió a todo el mundo.

Jehová, el Gran YO SOY, quien se apareció a Moisés en la zarza ardiente, el Padre de todos nosotros, quien nos encuentra donde estamos, — Él, el Siempre Presente, sopló Su bendición sobre la iglesia llamada por el nombre de Su Hijo. Y de «los siete espíritus que están delante de Su trono», y de Jesucristo, la

manifestación visible de ese Espíritu, llegó el saludo de gracia y paz a las compañías que serían conocidas por el nombre del Ungido.

Aquí está inscrito el nombre del autor del Apocalipsis. Él, quien hoy intercede por nosotros en la corte celestial, es el «testigo fiel», «el primogénito de los muertos», «el soberano de los reyes de la tierra»; y sobre todo Él es quien «nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre.» Él, quien en la tierra fue despreciado y rechazado por los hombres, era en verdad el Príncipe de los reyes de la tierra. Una y otra vez este mismo Cristo había, por Sus providencias, hecho que los hombres reconocieran el hecho de que «el Altísimo gobierna el reino de los hombres.» Ningún gobernante en la tierra reina independientemente del Señor del cielo; porque todo poder pertenece a Dios, y «las autoridades que existen, por Dios han sido constituidas.» Por esta razón se exhorta a los hombres a orar por los gobernadores y reyes, para que haya paz en la tierra.

Aquí está la posición a la que Él nos llama. Él «nos ha hecho reyes», para sentarnos en tronos y gobernar, «y sacerdotes» para ministrar «para Dios y su Padre.» Y sin embargo, cuando estaba en la tierra, había dicho: «El que es el mayor entre vosotros, sea como el que sirve.» Los coherederos con Cristo gobiernan mientras están aún en la tierra, pero su autoridad aquí es en virtud del «poder de una vida indestructible», y son líderes, no en un sentido físico, sino en el reino espiritual. El cetro que empuñan no es carnal y temporal, sino eterno. La posición está por encima de los potentados terrenales, y lo maravilloso de esto es que, en el mundo, que está en manos del príncipe del mal, Cristo tiene una nación de reyes y sacerdotes, — un reino dentro de un reino. «Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia.»

El ojo del profeta recorrió la compañía y al ver el poder del evangelio, en éxtasis exclamó: «A él sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos.» Vio, en un instante, el cierre de la historia de la tierra, la venida del Hijo del hombre con poder y gran gloria. Vio, de nuevo, a aquella multitud enfurecida que se reunió en el Jardín de Getsemaní, y que groseramente se llevó a su Maestro; vio a la compañía burlona alrededor de la cruz, y al soldado que traspasó Su costado;

pero mientras observa esta vez, oye el amargo lamento de aquellos que rechazaron al Salvador de la humanidad. Y, mientras miraba, oyó las palabras: «Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin —dice el Señor—, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.» Esta expresión, o su equivalente, ocurre cuatro veces en este primer capítulo. El día de reposo era un día precioso para Juan, y había sido especialmente querido desde aquel día de reposo inolvidable en el que su Maestro descansó en la tumba. La preparación para ese día de reposo fueron las amargas horas en el Calvario; el día mismo fue de una soledad absoluta; porque el evangelio de la resurrección no fue comprendido. Debería haber sido un día de gozo; así fue concebido; y después de que el Salvador salió de la tumba, y la luz de Su rostro volvió a posarse sobre Sus seguidores, vieron más claramente que nunca que el día de reposo no era solo un recordatorio de la Creación, sino que también conmemoraba la redención. Se convirtió en la verdad central al dar la vida de Cristo. Para Juan en Patmos fue un día de santa alegría. El Salvador se acercó divinamente, y mientras Juan contemplaba escenas de su propia asociación con Cristo, el Hombre de Dios, su corazón se llenó de alabanza. En su imaginación se paró junto al Jordán, y vio el bautismo del Espíritu Santo: de nuevo estuvo en el Monte de la Transfiguración; vio el rostro adolorido del Maestro mientras se sentaban alrededor de la mesa en esa última noche; una agonía de sentimiento lo invadió al recordar el juicio, la condena y la muerte; pero fue reemplazada por la alegría de la resurrección, y el recuerdo de esas últimas palabras mientras las nubes lo ocultaban de la vista de los hombres. El amor de Juan por Cristo era tan fuerte que parecía que su Maestro seguramente le hablaría de nuevo. Y oyó detrás de él una gran voz como de trompeta, y Cristo, su propio Cristo, se puso a su lado. «Yo soy el primero, pero también soy el último. Yo soy el Alfa y la Omega. Escribe lo que ves en un libro y envíalo a las siete iglesias que están en Asia.»

Habló en tonos de trompeta, como la música más clara, y la voz era como el sonido de muchas aguas; pero aun así, para Juan Él era el mismo Jesús a quien había conocido en Galilea y en Jerusalén. No ahora despreciado, escarnecido y

rechazado, sino de pie en medio de los siete candeleros, — las iglesias, siendo su luz el reflejo de la Suya propia. Estaba vestido, no con la túnica púrpura desechada, sino con una vestidura de justicia de una blancura deslumbrante, y ceñido por los lomos con el cinto de oro de la verdad. La pureza del propio Dios rodeaba Su frente con un halo de luz, porque Su cabeza y Sus cabellos eran blancos como la lana, tan blancos como la nieve. Los cabellos blancos, que en la vejez son una corona de gloria, incluso en presencia del pecado y la decadencia, son una señal de salvación a través del amor de un Salvador. El poder de la vida interior brillaba a través de Sus ojos como una llama de fuego, y el carácter se retrata aún más en el hecho de que Sus pies brillaban como el metal más brillante purificado siete veces. Sus pasos estaban acompañados de luz y calor, y Su rostro resplandecía por encima del brillo del sol. El resplandor de nuestro sol es una figura de la luz de Dios brillando en el rostro de Jesucristo. En los seres humanos, la luz del ojo delata la vida interior, y «el aspecto de su rostro testifica contra ellos.» Así, en cada detalle de la descripción de Juan se revela la profundidad de la espiritualidad, el poder del Dios de la vida.

Aunque esta es una descripción de la apariencia personal de Cristo, también retrata Su carácter. Aquellos que continúan revelando a Dios en la tierra deben, a través de los méritos de Cristo, manifestar el mismo carácter como epístolas vivientes conocidas y leídas por todos los hombres. La vestidura de Su justicia debe cubrir las flaquezas e imperfecciones humanas; la verdad de Dios debe ser la regla de vida; limpiado por la sangre de Cristo, el pecador se vuelve tan blanco como la nieve. Así como Él fue hecho perfecto a través del sufrimiento, así la iglesia será purificada por los fuegos de la aflicción; ellos serán hermanos con Juan; «compañeros en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo.» Aquel que habló a Juan fue el que mandó, y los mundos surgieron en el espacio. Cristo ahora estaba al lado de Juan, y el profeta, mirando Su gloria, cayó a Sus pies como muerto. Había caminado con Él y hablado con Él, — con este mismo hombre, Cristo Jesús, — cuando estaba en la tierra. Él había pedido sentarse a Su lado en Su reino. La gloria de Su presencia ahora venció a Juan, pero Jesús puso

Su mano derecha sobre él, — esa mano que tan a menudo había descansado allí antes, y con una voz que Juan reconoció como la misma con la que el Maestro habló a las olas tempestuosas de Galilea, Él dijo: «No temas; yo soy el que vive y estuvo muerto; y he aquí, estoy vivo por los siglos de los siglos. Me viste en la tumba, pero ahora tengo las llaves del Hades y de la muerte.» Y así el mensaje que Juan recibió la orden de dar a las iglesias es un mensaje de triunfo sobre el pecado, sobre la muerte y el sepulcro. Es la victoria de la verdad sobre el error.

Cristo apareció, caminando en medio de los candeleros, que simbolizan las iglesias; y sostenía en Su mano las siete estrellas o ángeles, que dirigen la obra de las iglesias, y que son portadores de luz desde Su trono hacia aquellos que representan la obra del cielo en la tierra. Dios mira a la Iglesia Cristiana como miró a Cristo en los días de Su estancia en la tierra. Así como Él fue atendido por un ángel, así la iglesia es guiada por el Espíritu de Dios y por el testimonio de ese Espíritu. En días de triunfo, los ángeles asistentes cantan la canción que llenó las llanuras de Belén la noche del nacimiento de Jesús; en días de persecución, pruebas y desánimo, los ángeles levantan las cabezas cansadas, como Gabriel ministró a Cristo en el desierto y en Getsemaní. La iglesia completa la obra iniciada por Cristo en la carne. Su vida estudiada dará la historia de la iglesia. Su vida tal como está registrada en la Revelación de Jesucristo no es más que un despliegue adicional de ese mismo misterio de la encarnación, — el Emanuel. «Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas.»